ESCARCHA

John Reese

Capítulo 1

Ad Mortem («A la Muerte»)

Frío. Era esa la sensación predominante que percibía su cuerpo, sumada a una inmovilidad completa. A través de la pantalla transparente del casco, podía divisar los anillos más interiores de Saturno, así como los restos calcinados de la nave, que reposaba sobre la superficie helada del mundo en un aura de humo ionizado, mientras la frigidez se adentraba sin compasión a través de las fisuras de su traje. El horizonte, desolado, manifestaba una belleza prístina difícil de apreciar mientras los huesos de sus piernas se congelaban. Ya no podría salir de allí, y lo sabía. También sabía que moriría, y la única duda que tenía era si lo haría antes por anoxia o por congelación.

Menos ciento noventa y ocho grados Celsius... Frío. En el silencio perfecto de Encélado, un enigmático y pequeño orbe de algo más de quinientos kilómetros y con una gravedad ridícula de cero punto cero un gramos, su presencia implicaba la rotura de la armonía: no debió haber hecho allí el descenso de emergencia, pero un error en el cálculo de la última trayectoria había desencadenado que la gravedad de Saturno anclara la nave en una órbita de colisión cerrada contra el gigante anillado. En esas circunstancias, la única opción de supervivencia era una aproximación de urgencia a la luna helada, que desembocó en un destructivo choque del que a duras penas logró escapar, eyectando la cápsula de mando en el último momento. La desolación y la impotencia, amarradas con una cuerda de, en esa eventualidad, frágil cordura protocolar, se adueñaron de pronto de su mente: con los músculos cada vez más escarchados, y el tren inferior inmovilizado, la circunstancia no parecía ser más que el preludio del estado de todo su cuerpo en breves instantes. De pronto, en un atisbo de lucidez, logró flexionar un brazo y acercarlo al botón del transmisor, en el lateral del casco: si al menos conseguía emitir un mensaje a modo de baliza, las naves de vigilancia cercanas podrían localizarlo, aunque después lo situaran ante un tribunal planetario. Su boca se abrió ligeramente, y una exhalación de vaho helado se fundió con el ruido estático del telecomunicador. Sopresa: no podía hablar.

El cielo, plagado de estrellas sobre el trasfondo anillado del planeta gigante, parecía guiñarle miles de ojos inquisidores y, entonces, sonrió con los labios cianóticos: espontáneamente, en la atmósfera cada vez más despresurizada del interior de su casco, escuchó una transmisión entrecortada. Interferencias, voz de ultratumba, interferencias... Una orden. La sonrisa se diluyó en un momento de determinación.

El pavimento de escarcha de Encélado se convirtió en testigo inerte y ajeno de algo asombroso: con los globos oculares escarchados y la musculatura entumecida, se acercó a la compuerta secundaria de acceso a

la esclusa principal de la nave, donde había varios instrumentos de soporte vital y emergencia. La contundencia de la voz y el mensaje lo hizo poseedor durante unos segundos de la fuerza necesaria como para poder arrancar uno de los cuchillos multiherramienta de la pared y, automáticamente, se lo clavó en el vientre. El traje emitió un gemido artificial tras una despresurización parcial, y el poco oxígeno remanente en la capa vital se volatilizó en la débil atmósfera de Encélado. Un pequeño brote de sangre comenzó a discurrir durante un microsegundo antes de helarse por completo y caer, muy lentamente, sobre el suelo. De nuevo, una dosis de fuerza de flaqueza fue otorgada por la voz en forma de orden: «MÁTATE»; nueva cuchillada en la herida previamente hecha... «¡MÁTATE!»: otra más, esta vez en el costado. En esa ocasión, la hoja, de oscuro acero galvanizado, se hospedó en su vientre durante unos segundos hasta que, con la mano izquierda, guardada en un guante salpicado con grumos de sangre cristalizada, sólida y brillante, giró el cuchillo cuarenta y cinco grados y, con un golpe seco, lo hizo avanzar de derecha a izquierda, abriendo su abdomen como una sandía de esas que comía de niño, en su planeta natal.

«MÁTATE...»; el volumen de la orden empezó a disminuir paulatinamente, al tiempo que el granate de la sangre ya poco oxigenada, así como el azul cianótico de los retales de piel, se fundían con la suavidad de parte del intestino delgado. Tras una quinta cuchillada mecánica, un segmento cercenado de intestino grueso cayó sobre el impoluto blanco de la superficie, manchándolo con ciertos tonos terrosos.

En su mente, un deseo brutal de clavarse la hoja en el cuello, y terminar de una vez por todas con la agonía infernal, se convirtió en la última esperanza; no obstante, no podía dejar de acuchillarse el abdomen una y otra vez, hasta terminar de convertirlo en un amasijo de carne picada, grafeno, sangre cristalizada y poliuretano endurecido. «¡MÁTATE, MÁTATE, MÁTATE!»... Mientras se acuchillaba, seguía sintiendo unas ganas imperiosas de respirar, y en un acto reflejo soltó el cuchillo, que cayó con lentitud extrema sobre la cama de hielo, y dirigió sus guantes al casco. Deslizó el pestillo de seguridad primario, después el secundario, y se lo quitó gracias a la fuerza sobrehumana otorgada por la voz. La imposibilidad de respirar en una atmósfera vaporosa de agua, nitrógeno, dióxido de carbono y metano como la de Encélado, se hizo notoria: su aliento, liberando la última exhalación de oxígeno que quedaba en sus pulmones, fue liberado, sublimándose en una nube de rocío sólido, y el ahogamiento se alojó en su garganta...

«MÁTATE...». De rodillas, a diez metros de los restos de la nave, intentó levantar el cuchillo y, con esfuerzo, logró rebanarse la garganta, cercenando la carótida y, con ella, toda esperanza de supervivencia durante los próximos minutos. Una emulsión brotó de la herida, convirtiéndose en hielo rojizo de forma espontánea, de textura similar a la de ese cóctel llamado *Bloody Mary* que disfrutaba en el bar de Marte con

una joven hacía apenas cinco meses, antes de violarla y asesinarla brutalmente a cuchilladas. ¡Pero se lo merecía! ¡Era una boba hija de puta que solo lo quería por su dinero y su polla! Pero en el fondo la quería... era el amor de su vida. Solo tenía que haberse acostumbrado a su forma de ser. ¿Cuándo había perdido el norte? ¿Cuándo se había dejado llevar por la corriente de la locura? Pero siempre había sido muy cuerdo, ¿qué había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Qué había hecho? ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Últimos pensamientos, unidos por delicados hilos de próxima inexistencia a un cuerpo mutilado y catatónico.

A pesar de que ya había muerto, el transmisor continuó sonando como si la ausencia de atmósfera normal no influyera en su funcionamiento... Quizá la voz no saliera del mismo, sino de ese cielo inconmesurable y plagado de estrellas, en una imparcial orden cósmica dirigida a quien había cruzado el Sistema Solar intentando escapar de la justicia. «MÁTATE, MÁTATE...». La mirada perdida, apuntando a una estrella concreta, la Polar... esa que en la Tierra, otrora su hogar, indicaba el Norte... y que desde Encélado era solo una más.

Escarcha. Transmisión congelada en un instante eterno; carámbano de hielo dialéctico clavado en el punto de la autoejecución con la promesa de perdurar hasta que el alma condenada se disolviera en el olvido del mundo yermo y en el tejido del espacio-tiempo, para lo que quedaban aún unos cuantos miles de millones de años... Justicia sideral: por su enamorada asesinada; por los cementerios posthistóricos de todo el Sistema Solar; por todos los Muertos, ¡por todos...! Y por Ella: *Ad Mortem*
.